

Diego Barros Arana

HISTORIA GENERAL DE CHILE

Tomo CUARTO



EDITORIAL
UNIVERSITARIA

CENTRO DE INVESTIGACIONES
DIEGO BARROS ARANA



Después de una acalorada discusión, en que el Gobernador sostuvo su dictamen con la más resuelta energía, la Audiencia, creyendo hacer uso de sus atribuciones, extendió por escrito una protesta que, aunque moderada en la forma, hacía a aquél responsable ante el Rey de las calamidades que aquella campaña podía producir²¹. Las relaciones de esos dos poderes, del Gobernador y de la Audiencia, siempre difíciles y expuestas a rompimientos, tomaron desde ese día el carácter de la más marcada hostilidad.

6. Victoria de los españoles en la Albarrada: sus escasos resultados

Aquella expedición, sin embargo, tuvo que retardarse algunos meses. El Gobernador se hallaba en Concepción a principios de diciembre, y comenzó por ocuparse en el despacho de los asuntos administrativos y en hacer reparar algunos de los fuertes de la frontera. Dio el cargo de maestre de campo general del reino a don Fernando de Cea, soldado de gran experiencia en aquellas guerras, que vivía entonces separado del servicio militar, y le ordenó que fuera a situarse a la plaza de Arauco, cuya defensa inspiraba los mayores recelos. En efecto, no sólo se sabía que los indios de guerra se preparaban para renovar las hostilidades con mayor empuje sino que muchas de las tribus vecinas que se decían sometidas a los españoles, estaban dispuestas a tomar las armas. El maestre de campo dispuso diversas correrías en los campos inmediatos, tomó algunos prisioneros y adquirió la convicción de que el peligro de que se tenía noticia era real y efectivo. Los caudillos Lientur y Butapichón, ayudados por otro indio principal de Elicura, llamado Quempuante, reunían un ejército de siete mil guerreros, y sus partidas exploradoras se adelantaban hasta las inmediaciones de la plaza de Arauco para recoger noticias y para inquietar a los españoles. Todo hacía presumir que aquellos lugares iban a ser teatro de graves y trascendentales sucesos.

Advertido de todo esto, el Gobernador se trasladó también a la plaza de Arauco. Redoblando la vigilancia, adquirió más completas noticias acerca de los proyectos del enemigo. Convencido así de que en breve tendría que resistir un ataque formidable, se preparó activamente para resistirlo, reconcentrando, al efecto, en aquella plaza todas las fuerzas de que le era permitido disponer. Llamó a su lado las tropas de caballería de la división que estaba acantonada en Yumbel, y reunió de diversos puntos todos los indios auxiliares que podían inspirarle absoluta confianza. El 11 de enero de 1631, teniendo al enemigo casi a la vista, pasó revista a sus tropas y contó ochocientos soldados españoles y setecientos indios amigos²². “El resto de aquel día, dice el historiador Tesillo, se gastó en otro ejercicio más loable, pues se confesaron todos con pía y santa devoción, ocupándose en esto ocho religiosos y clérigos que allí se hallaron, y la mañana siguiente hubo comunión general, acción tan católica como tuvo el logro el que puso sus esperanzas en Dios y en la intercesión de la Virgen María, su soberana madre. Verdaderamente, exclama más adelante, que la causa de los españoles es la causa de Dios”. El Gobernador, contra el parecer de algunos de sus

²¹ Acuerdo de la real audiencia de Santiago de 20 de noviembre de 1630.

²² Quinientos amigos, dice Tesillo; pero Arbieta, que parece haber escrito bajo la inspección inmediata del mismo Gobernador, dice setecientos. El padre Rosales, que además de sus propios recuerdos y de las noticias recogidas entre los contemporáneos, ha tenido a la vista esas dos relaciones, ha seguido en este punto la de Arbieta.

capitanes, estaba resuelto a no dejarse sitiarse en Arauco, y a presentar batalla en campo abierto en las inmediaciones de la plaza.

Los indios, entretanto, se acercaban a ella. Cuéntase que por desavenencias entre sus caudillos, Lientur, que por algunos augurios creía que la campaña iba a serle desastrosa, se separó de los suyos con dos mil guerreros. Butapichón y Quempuante no desistieron por esto de sus propósitos: continuaron su marcha hacia Arauco, y en la noche del 12 de enero llegaron hasta la muralla de los cuarteles españoles. Pero en vez de empeñar un combate nocturno que probablemente les habría dado la victoria, prefirieron esperar hasta el día siguiente, tanta era la confianza que abrigan en el número y en la calidad de sus tropas. Lazo de la Vega, que imprudentemente se atrevió a salir con una pequeña escolta a reconocer al enemigo, volvió luego a la plaza seguro de que la batalla sería inevitable al día siguiente. Los indios, por su parte, se limitaron aquella noche a poner fuego a las rancherías de todos los campos inmediatos, como si por estas destrucciones quisieran anunciar a los defensores de Arauco su presencia en esos lugares.

Antes de amanecer el siguiente día, 13 de enero, Lazo de la Vega sacaba sus tropas de los cuarteles, y con las primeras luces del alba, las tenía ordenadamente sobre una loma llana denominada de Petaco, desde donde se divisaban los espesos escuadrones del enemigo. Los indios auxiliares echaron pie a tierra para apoyar con sus picas a la infantería española. Al mismo tiempo que ésta rompía sus fuegos de arcabuz, la caballería, mandada personalmente por el maestre de campo, daba una vigorosa carga. “Ejecutóse con resolución, dice un testigo ocular; pero fue tan grande la resistencia del enemigo, que sin poderlo romper, ni aun obligarlo a ningún movimiento, se halló forzada nuestra caballería a volver con desairados remolinos casi hasta nuestra retaguardia, y casi a espaldas vueltas, con que quedó todo a disposición de la fortuna”. El Gobernador, que había quedado atrás para defender su ejército de un ataque por la retaguardia, temió que aquel primer fracaso pudiera convertirse en un desastre general, y poniéndose a la cabeza de los ciento cincuenta hombres que formaban su reserva, compuesta en su mayor parte de oficiales reformados, embiste denodadamente sobre el enemigo. Su ejemplo y su palabra alentó a los suyos. La caballería española, un momento desordenada, vuelve a reunirse, y carga a los indios con nuevo ímpetu haciéndolos vacilar y luego retroceder. A espaldas de éstos se extendían unos pantanos a que los españoles daban el nombre de Albarrada. En ellos se atollaron los caballos de los primeros grupos de indios que iniciaban su retirada. Los otros pelotones que los seguían, obligados a dividirse para salvar ese obstáculo, comenzaron a dispersarse en todas direcciones. Mientras la infantería española mantenía sus fuegos, la caballería, repuesta de su primera perturbación y bien ordenada, emprende la implacable persecución de los bárbaros, acuchillándolos sin piedad, y apresando a los que no oponían resistencia. Se hace subir a 580 el número de los cautivos cogidos ese día y a 812 el de los indios muertos en la batalla y en la fuga²³. Los españoles, además, tomaron un número muy considerable de caballos

²³ Esta batalla, mencionada en las antiguas relaciones con los nombres de Petaco, Arauco, o la Albarrada, ha sido referida por Lazo de la Vega en su carta al cabildo de Santiago, y por Tesillo, Arbieto y el padre Rosales en las obras citadas (véase Tesillo, pp. 39-41 y Rosales, lib. vii, cap. 14), con bastante conformidad, pero sin muchos accidentes, porque parece, en efecto, que la victoria de los españoles se pronunció en corto tiempo y sin otros movimientos que los que dejamos apuntados. En la cuenta de los muertos y prisioneros hay, sin embargo, notable divergencia entre esas relaciones. Así, Arbieto dice que los muertos fueron 812 y los prisioneros, 173; Rosales da

quitados al enemigo o abandonados por éste, al paso que la victoria les costaba sólo pérdidas muy insignificantes, algunos soldados heridos y un indio auxiliar muerto en la pelea.

Esa victoria que, sin duda, era la más importante que jamás hubieran conseguido los españoles en Chile, debía naturalmente alentar su orgullo y sus esperanzas de llevar a término la guerra. En la misma mañana, Lazo de la Vega regresaba en triunfo a sus “cuarteles de Arauco a dar gracias a Dios de aquel suceso, y llegó a tiempo, dice el historiador Tesillo, que se pudo decir misa, hubo procesión general y cantóse el *Te Deum laudamus* en hacimiento de gracias”. No fueron menores las fiestas y regocijos en las otras ciudades del reino. El aviso del Gobernador, traído por el capitán don Fernando de Bustamante en sólo cuatro días de viaje, llegó a Santiago al amanecer del 17 de enero, y dio lugar a las demostraciones del mayor contento. Terminadas las funciones religiosas con que se celebraba aquella victoria, se reunió el Cabildo el 24 de enero para tomar algunos acuerdos. En albricias de tan prósperas noticias, los capitulares obsequiaron de su propio peculio 250 pesos al capitán Bustamante, y otros 300 los oidores de la Real Audiencia. “Y siendo muy justo, dicen los cabildantes, se muestre esta ciudad agradecida a su señoría (el Gobernador) y se le haga un pequeño servicio, acordaron se le compre un buen caballo y se le presente a nombre de esta ciudad y en agradecimiento de lo mucho que se le debe por su mucho cuidado, y que el caballo sea el de Jusepe León, que es el mejor que hay, y se concertó en 350 pesos, y que se lo envíe el procurador”²⁴.

En el Perú se celebró también con gran aparato la victoria de la Albarrada. Lazo de la Vega había despachado un buque para llevar la noticia al Virrey, enviándole, a la vez, sesenta indios prisioneros para que sirviesen en las galeras del Callao. “Llegó a Lima el aviso, dice el historiador Tesillo, y recibióle el Virrey con el regocijo que merecía. Divulgose por aquella ciudad la novedad, y creció en ella la alegría general. Júntase en palacio la Real Audiencia para dar la enhorabuena al Virrey; mas él, con santo y religioso celo, se fue con la misma Audiencia a la catedral a dar las gracias a quien tan piadosamente lo dispuso, y mandó escribir cartas a todas las ciudades del reino para que hiciesen en ellas los mismos rendimientos de gracias; y pareciendo conveniente que aquellos cautivos que había remitido el Gobernador para las galeras del Callao vieses el concurso de la ciudad de Lima, se trajeron a ella y se metieron en la plaza mayor, donde el número de gente que acudió a la novedad era notable, y había también un escuadrón de gente de guerra que los recibió con salvas de arcabuces y mosquetes, no por hacerles esta honra sino porque se admirasen de ver en todas partes escuadrones de españoles”. La fama alcanzada por Lazo de la Vega después de aquella victoria se extendió por todas las colonias españolas, dando origen a que se celebrara ese suceso casi como el término de una guerra que costaba al Rey tan grandes sacrificios.

Sin embargo, la batalla de la Albarrada, por más que hubiese sido una derrota desastrosa de los indios, no merecía por las consecuencias que tuvo, que se le tributasen tales honores. La guerra que sostenían aquellos bárbaros no podía terminarse con una ni con varias derro-

también esta última cifra; pero eleva el número de los muertos a 1.400. La carta de Lazo de la Vega, escrita inmediatamente después de la victoria, habla en general de 600 muertos y de 800 prisioneros. Nosotros seguimos en el texto la relación de Tesillo que nos parece la autoridad más digna de crédito.

²⁴ Acuerdo del cabildo de Santiago de 24 de enero de 1631, a fojas 242 del libro 11 de la corporación.

tas. Volvieron a sus tierras confundidos y descalabrados; pero una vez lejos del alcance de sus perseguidores, los abandonó el pánico y comenzaron a prepararse de nuevo para otras correrías. Lazo de la Vega parecía comprender la verdad acerca de su situación y, por eso después de su victoria, se abstuvo cuidadosamente de mandar perseguir a los fugitivos al interior de sus tierras, temeroso de las emboscadas en que podían caer sus tropas.

Pero el Gobernador no quiso dejar pasar el verano sin acometer alguna otra empresa. El 20 de enero había reconcentrado una gran parte de su ejército en la ribera sur del Biobío, al pie del cerro de Negrete, donde los españoles habían tenido un fuerte, situado pocas leguas al oriente de la plaza de Nacimiento. Desde allí se adelantó con sus tropas por el valle central al interior del territorio enemigo, pasando más allá de Purén y de Lumaco, sin hallar por ninguna parte gentes armadas contra quienes combatir. Los indios de esta región, advertidos de los movimientos del Gobernador, se habían dispersado en todas direcciones para evitar una batalla que podía serles funesta; pero todo dejaba comprender que ahora, como en las otras ocasiones en que habían empleado la misma táctica, su propósito era el de mantenerse en constante estado de guerra. Lazo de la Vega estableció su campo a orillas del río Coipu (o Colpi), uno de los afluentes del Cautín, y desde allí dispuso que el sargento mayor Fernández de Rebolledo, a la cabeza de toda la caballería y de los indios amigos, fuera a hacer una maloca en los campos vecinos a la destruida ciudad de la Imperial. En estas correrías tampoco hallaron resistencia los españoles; pero consiguieron apoderarse de unos ciento cincuenta indios que apresaron como cautivos y, sin duda, habrían podido hacer una presa más considerable si no se hubieran hecho sentir en sus filas la discordia y la desorganización. Después de una campaña de cerca de dos meses completos, en que no se consiguió más que este mezquino resultado, el ejército daba la vuelta a sus acuartelamientos de la frontera del Biobío a mediados de marzo.

7. Largo litigio entre la Audiencia y el Gobernador por querer éste obligar a los vecinos de Santiago a salir a la guerra

Esta campaña que, con pequeña diferencia de accidentes, era la repetición de las que habían hecho otros gobernadores, vino a fijar las ideas de Lazo de la Vega sobre los medios de llevar a cabo la conquista. Se convenció de que los indios de Chile no podían ser sometidos sino por un sistema de poblaciones sólidamente asentadas dentro de su territorio. Para ello necesitaba de más gente y de mayores recursos que aquéllos de que podía disponer. Creyendo que las cartas en que pedía al Rey el envío de nuevos socorros, serían ineficaces en la Corte para obtenerlos, Lazo de la Vega tenía resuelto despachar un emisario encargado de estas gestiones. Su elección recayó en don Francisco de Avendaño, caballero principal de Concepción, al cual hizo proveer de los poderes convenientes de todas las ciudades del reino²⁵. Su misión tenía por finalidad dar cuenta al Rey del estado de la guerra y reclamar auxilios de armas y de tropas, para darle término en dos años más, y la regularización en el pago del situado, que sufría atrasos considerables, y de ordinario descuentos y reducciones. Don Francisco de Avendaño partió para España en los primeros días de abril de 1631.

²⁵ Acuerdo del cabildo de Santiago de 29 de marzo de 1631.